

PANEGIRICO
DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD

PREDICADO

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

DE ESTA CORTE

EL DÍA 10 DE JUNIO DE 1900

POR EL PRESBITERO

D. MIGUEL BARRAGÁN Y MORENO

Capellán de los Religiosos Carmelitas Descalzas de Santa Ana y San José,
Predicador Penitenciario del Cristo de San Ginés,
Director espiritual del Patronato de Obreros de los Sagrados Corazones, etc., etc.

CON MOTIVO DE LOS SOLEMNES CULTOS

QUE LA REAL ARCHICOFRADÍA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

DEDICA Y CONSAGRA ANUALMENTE A TAN AUGUSTO MISTERIO

Se publica á expensas del Excmo. Sr. Marqués del Arco, Conde de Isla,
protector de dicha Real Archicofradía.

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica.

MADRID

Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1900



A-Gj-33/5

MIGUEL MIRANDA

LOPE DE VEGA, 19

28014 - MADRID

TELF. 914 294 576

12
180614

PANEGÍRICO
DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD

PREDICADO

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

DE ESTA CORTE

EL DÍA 10 DE JUNIO DE 1900

POR EL PRESBITERO

D. MIGUEL BARRAGÁN Y MORENO

Capellán de las Religiosas Carmelitas Descalzas de Santa Ana y San José,
Predicador Penitenciario del Cristo de San Ginés,
Director espiritual del Patronato de Obreros de los Sagrados Corazones, etc., etc.

CON MOTIVO DE LOS SOLEMNES CULTOS

QUE LA REAL ARCHICOFRADÍA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

DEDICA Y CONSAGRA ANUALMENTE A TAN AUGUSTO MISTERIO

Se publica á expensas del Excmo. Sr. Marqués del Arco, Conde de Isla,
protector de dicha Real Archicofradía.

~~~~~  
*Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica.*  
~~~~~

MADRID

Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús,
Calle de Juan Bravo, núm. 5.

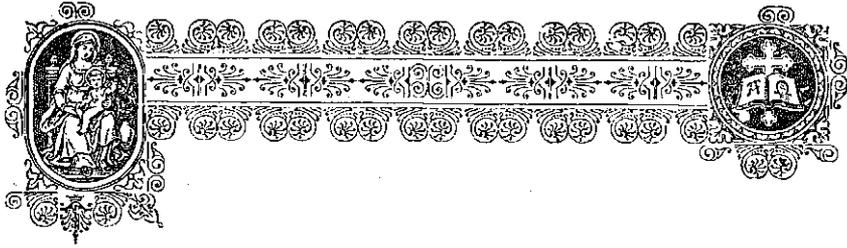
1900



Autorizo la publicación del presente Sermón, no destinado á mayor luz que la del Templo do ha sido predicado, accediendo á las instancias de la Real Archicofradía, que ha juzgado podría ser su lectura de alguna utilidad espiritual.

M. B.





Tres sunt qui testimonium dant in Cælo:
Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus: et hi
tres unum sunt.

(1.^a Joan., v. 7.^o)

Tres son los que dan testimonio en el Cielo:
el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y los tres
son una misma cosa.

Si fuera misión del Sacerdote hacer ostentación desde este sitio de cualidades literarias ó dotes oratorias, hubiese renunciado al piadoso encargo con que esta Real Archicofradía se ha dignado honrarme, resonando como resuenan aún los ecos de los oradores sagrados que en los días precedentes vienen cantando con evangélica elocuencia las glorias de la Trinidad Beatísima; mas como para hacer el elogio del primero y más augusto de nuestros Misterios no es necesario inspirarse en los vanos artificios del humano saber, sino en la fe y en el amor, acepté desde luego, en la confianza que un hijo tiene derecho á esperar de su padre y con el deseo de darle una prueba más de mi amor y de mi gratitud... Gratitud he dicho... ¿Y quién no la debe á Dios Padre, á Dios Hijo, á Dios Espíritu Santo?... Desde el tierno infante que inocente juguetea en la primavera de la vida, hasta el anciano que en cada sol poniente ve un paso más que le aproxima al sepulcro; desde el pobre labriego que allá en

humilde choza vive apartado del mundo, ni envidiado ni envidioso, hasta el magnate que, rodeado de fausto, ocupa regios alcázares, todos pueden y deben repetir con el Apóstol: *En Él vivimos, nos movemos y somos* ¹; que el sér y la vida, nuestro pensar y nuestro sentir, nuestro querer y nuestro obrar, todo es dón, beneficio, merced de Dios, Uno y Trino. Justo y digno es que en este día solemne, en que la Iglesia nuestra Madre conmemora la Augusta Trinidad Divina en *unidad* de esencia, unamos nuestro espíritu al de esta Real Archicofradía, recordando la doctrina católica sobre el más grandioso Misterio, renovando el testimonio de nuestra fe, de nuestra adoración y de nuestro amor, y demostrando, en cuanto lo permita la limitación de nuestro entendimiento, la siguiente conclusión teológica:

El orden actual de la Providencia nos enseña la necesidad de la Trinidad divina.

¡Quién tuviera toda la inteligencia del ángel, todo el amor del serafín, para conocer y recrearnos más y más en ese Océano de ciencia y hermosura que encierra el inefable arcano de Dios, tres veces Santo! Pero ya que El que es Omnipotente ha querido limitar nuestro entendimiento, como ha limitado nuestro amor, permita, al menos, que la palabra del más indigno de sus Ministros sea trono de su gracia; que palabra tuya debe ser, Jesús mío Sacramentado, la que se predica desde esta Cátedra en tu nombre y para tu gloria: *Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha* ²; hablad, Señor, que vuestro siervo ora; hablad, Señor, que vuestro siervo invoca á la que es Hija del Padre, Madre vuestra y Esposa del divino Espíritu, diciéndola con los labios y con el corazón:

AVE MARÍA.

1 Actor. Apost., c. XVII, v. 28.

2 Isaiaë, c. LX, v. 11.



Tres sunt qui testimonium dant in
Cælo, etc.

Ut supra.

I

HONRA Dios al hombre revelándole sus misterios, y el hombre en su limitación devuelve á Dios este honor, prestándoles su asentimiento con la inteligencia y con el corazón. Ni Dios podía conceder al hombre un beneficio que más le honrase que el de la revelación del misterio de la Trinidad Santísima, ni el hombre podía hacer á Dios obsequio que más le glorificase que la creencia humilde y sincera en este augusto é inefable dogma. Mas el rendir ante la grandeza de la palabra revelada la más noble de sus facultades, ni le impide penetrar en la penumbra que rodea estas sublimes obscuridades, ni el vislumbrar congruencias y analogías que *hagan razonable nuestro obsequio á la fe*¹. Exponer estas congruencias sublimes, elevarnos por la consideración de las humanas analogías á la contemplación de tan augusto Misterio, he aquí la misión de la Sagrada Teología, y he aquí

1 Apott. ad Rom

lo que vamos á realizar en orden á las tres divinas Personas.

La Trinidad es el Misterio de Dios y de la Teología en el sentido más elevado de la palabra. No es un dogma aislado en la revelación cristiana, sino el dogma, por decirlo así, capital y fundamental.

Figura ya este Misterio en el principio de la creación y de la historia de la humanidad, por más que no se halle indicado sino en algunas palabras obscuras y profundas. *Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra* — dice el Señor, según el sagrado libro del *Génesis* ¹: — palabras que, al decir de Santo Tomás ², fueron pronunciadas para indicar la diferencia de personas cuya imagen encontramos en el hombre. Y la terminación de la revelación de Dios en el tiempo, la última palabra y la orden suprema del Señor á sus discípulos es la declaración más terminante y positiva de este Misterio: *Id, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo* ³. Frases que aclaran lo que en el *Génesis* se había dicho de un modo enigmático. Ahora, supuesta la luz de la revelación, iluminemos nuestro entendimiento en orden á la necesidad de la Trinidad divina.

Es principio filosófico que toda fuerza obra, toda causa produce, toda luz ilumina; y cuanto más excelente y perfecta sea la causa, más perfecto y excelente será el efecto; y cuanto mayor sea la intensidad de la luz, mayor será también la claridad con que haga visibles los objetos materiales. Es asimismo principio admitido por la razón y la experiencia que toda vida engendra; pero la puramente vègetativa sólo produce organismos ciegos, inconscientes, insensibles: hermosuras peregrinas, incapaces de mirarse,

1 *Gen.*, 1.º, v. 26.

2 *Summ. Theol.*, 1.ª, quæst. 91, art. 4.º

3 *Mathei.*, XXVII, v. 19.

harmonías deliciosas, incapaces de oírse; aromas delicados, incapaces de sentirse. La vida animal, á diferencia de la puramente vegetativa, multiplica en sus diferentes especies los organismos animados, sensitivos, movibles. Con ojos para ver la claridad de la luz; con oídos para percibir el eco de los vientos y el canto de las avcillas; con olfato para rastrear el aroma de las flores. Sobre estas dos vidas está la vida humana, cuyos personales engendros, además de ver la luz y los colores, conocen y se deleitan con la claridad de la luz y la hermosura de los colores; además de oír el eco de los vientos y el canto de las avcillas, perciben y se deleitan con la armonía que resulta de la contraposición de los sonidos, en esas magníficas sinfonías de Mozart y de Beethoven; además de oler los aromas, modifican y reproducen esos olores que embalsaman la atmósfera; además de triunfar con su valor, se entusiasman con la gloria del triunfo, dominan los obstáculos que puedan oponérseles, aunque esos obstáculos se llamen montañas ó selvas, ríos ó mares, desiertos ó climas. Y dentro de la vida humana hay otra vida superior, más noble, más excelente, la vida intelectual, cuyos hijos se llaman ideas, conceptos, verbos. Pero las ideas son hijas privilegiadas que, sin salir del regazo materno, del seno de la inteligencia, recorren todos los ámbitos del espacio, todas las épocas del tiempo, y hacen desfilan ante los ojos del alma todas las grandezas y armonías de los cielos, todos los tesoros y productos de la tierra, todos los abismos y corrientes de los mares, todos los imperios y episodios de la historia, con todas las delicias de las ciencias y de las artes, de la verdad y de la belleza, de la virtud y del heroísmo.

Mas con ser tan excelentes los frutos de nuestra inteligencia, muestran por doquier el sello de lo imperfecto, de lo limitado y relativo. Las ideas son muchas, diferentes, sucesivas; lo cual supone una fuerza limitada, imperfecta, incapaz de producir de una vez y en un solo acto todo el

efecto de su energía, toda la semejanza de su naturaleza. Nuestro entendimiento viene á ser como un original precioso, que no acaba de copiarse en toda la vida. Nuestros conceptos son meros accidentes, variables, amisibles, expuestos á la invasión mortífera del olvido; es decir, que el entendimiento humano es un padre que puede perder á sus hijos. Por consecuencia, está muy lejos de ser perfecta aquí la paternidad y la filiación; falta aquella semejanza específica que es propia de la generación, en virtud de la cual el hijo de un león es león como su padre; el hijo de un hombre es hombre como su padre. Verdad es que los conceptos ó verbos de nuestra mente representan las cosas por vía de semejanza; que el concepto de sol envuelve la semejanza de sol; el concepto de planta, la semejanza de planta; el de hombre, la semejanza de hombre; pero no lo es menos que aún media una gran distancia entre la naturaleza de dichos conceptos y la de nuestro entendimiento que los produce. Los conceptos son muchos, nuestro entendimiento es uno; los conceptos son actos, el entendimiento es potencia; los conceptos son transitorios, el entendimiento es permanente. *En nosotros* — dice Santo Tomás — *el acto de entender no es la substancia misma de nuestro entendimiento* ¹. El verbo, pues, que procede de nosotros, no es de la misma naturaleza que el espíritu que lo produce, la razón de paternidad no conviene á nuestro entendimiento sino de una manera impropia é incompleta. Ahora bien; si en el orden finito de las criaturas se revela la perfección ascendente de la vida hasta llegar á la paternidad más ó menos perfecta, esto es, hasta la virtud de producir seres más ó menos semejantes en su naturaleza específica; si en los seres vivientes hay virtud generativa, en Dios, que es el Sér viviente por excelencia, es necesario que la haya en grado eminente, perfectísimo é infinito. Si el resultado de la generación

1 *Summ.*, 1.^a p., quæst. 27, art. 2.^o

del león es león, si el resultado de la generación humana es hombre, el término de la generación divina debe ser Dios. Luego Dios necesita ser padre, y padre en la más pura y adecuada acepción de la palabra. Padre eterno, porque es eterna la infinita virtud de su vida. Padre personal, porque es de naturaleza inteligente. Padre de un Hijo-Dios, porque es la ecuación completa de su fuerza vital y la imagen adecuada de su naturaleza. *Figura substantiæ ejus*, como dice San Pablo ¹. Padre sin dividir ni multiplicar la naturaleza divina, como se divide y multiplica la naturaleza humana en proporción á las personas, subsistiendo el Padre y el Hijo en una sola y misma naturaleza, en una sola y misma esencia divina.

¡Qué ideas tan grandes, tan luminosas, tan consoladoras, se desprenden de la relación de la paternidad! Dios es padre, y Padre por excelencia de toda paternidad; *ex quo omnis paternitas*, que dice el Apóstol á los fieles de Éfeso ². Padre no sólo del Verbo divino, imagen de su naturaleza, expresión la más perfecta de su Sér, sino también Padre por derecho de creación de la más noble y excelente de todas las criaturas; que si el bien es tendencia ó necesidad de su naturaleza ser de suyo *difusivo*, como enseña Santo Tomás ³, el Sumo Bien, que es Dios, tuvo en cierto modo necesidad de crear, y de crear seres en quienes se difundiese y se reflejase su infinita Bondad; seres que fuesen capaces de conocerle; que conociéndole le amasen; que amándole le sirviesen, y sirviéndole fuesen con Él completamente felices. Si pues el término de la generación divina es Dios, el término de la bondad infinita es el hombre. Somos, pues, hermanos míos, de raza divina, hijos de Dios por creación, hijos de Dios por adopción y herederos y partícipes de la

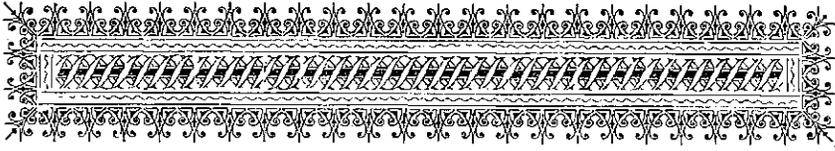
1 Ad Hebr., c. I, v. 3.^o

2 Ad Effes., c. III-15.

3 *Summ.*, 1.^a p., quæst. 4.^a ad 2.^a

misma esencial felicidad de que goza y gozará eternamente entre Ángeles y Bienaventurados. Si así no lo predicasen los anhelos de nuestro entendimiento, que aspira á más, mucho más, de lo que puede ofrecerle la menguada ciencia de esta vida, lo predicarían en mudo, pero elocuente lenguaje, las ansias de nuestro corazón, que no se satisface, que no puede satisfacerse con los bienes de la tierra, que tiene aspiraciones incesantes hacia lo infinito, que no descansa ni descansará sino en aquella belleza infinita, en aquella hermosura soberana, término de todos sus amores y de todas sus esperanzas, según frase de San Agustín: *Nos has hecho, Señor, para Ti, y nuestro corazón no descansa hasta que no descanse en Ti.*





II



Si Dios, como hemos demostrado, necesita ser Padre y Padre en acto, y eterno, por necesidad de su naturaleza esencialmente viviente, por razón de su bondad de suyo difusiva, según enseña el Doctor Angélico, claramente se deduce que debe tener un Hijo, también purísimo acto é igualmente eterno. Al decir, pues, que Dios necesita ser Hijo, queremos expresar que, en la misma naturaleza divina donde subsiste la persona del Padre, debe subsistir la persona del Hijo; pues cumple al Sér Perfectísimo que el Padre y el Hijo subsistan inseparablemente unidos en una sola y misma substancia, en una sola y misma esencia, en una sola y misma vida.

Dios, en quien la vida, la esencia y la existencia son una misma cosa, se conoce á sí mismo desde la eternidad, y *al conocerse engendra al Hijo*; y como la esencia divina es infinita, inmutable y eterna, infinito, inmutable y eterno es el principio, el acto y el término de la generación divina; ó lo que es lo mismo, tan infinito, inmutable y eterno es el Padre que engendra, como el Verbo engendrado. Sólo así se evitará en el Principio divino el Padre, la contingencia,



la sucesión y la mudanza que lleva consigo el tránsito de la potencia al acto á que está sujeto nuestro entendimiento, como todos los agentes creados. Sólo así se evitará en el Verbo divino la existencia precaria, subordinada y perecedera que tienen las ideas de nuestra mente. Sólo así se evitará al Corazón divino la pena que siente el artista cuando no ve realizado en su obra todo el ideal de su genio. Sólo así el Eterno Padre tendrá la felicidad que le corresponde de ver y contemplar siempre delante de sí al Hijo adecuado de su paternidad; y en ese Hijo, toda la hermosura de su hermosura, toda la riqueza de su riqueza, todo el poder de su poder, toda la sabiduría de su sabiduría, la santidad de su santidad, la gloria de su gloria, la vida de su vida. Luego el mismo Dios que es Padre, necesita también ser Hijo: luego el Padre y el Hijo necesitan subsistir en una sola y misma naturaleza divina.

Á esta razón teológica, deducida del concepto de la generación divina, podemos agregar otra, que deduciremos de las divinas perfecciones, especialmente de la justicia y de la misericordia. En efecto; supuesto el orden actual de la Providencia respecto á la creación del hombre, y dada la presciencia divina respecto á su prevaricación y caída, ¿era lícito esperar de Dios el castigo de la más noble de sus criaturas, aniquilándola ó volviéndola al polvo de que la había formado? En modo alguno: *La acción de la divina Providencia*—dice Santo Tomás—*no es destructora, sino perfectiva de los seres; "ama todo lo que tiene sér y nada odia de cuanto ha creado"* ¹: si su justicia exigía el castigo, su misericordia exigía una reparación... ¿Pero cómo va á reparar el hombre el desorden que con su culpa ha introducido en la creación? ¿Cómo va á satisfacer á la divina Justicia? *La ofensa es al ofendido como el honor es al que honra*,—dice el Angélico Doctor ²;—si pues la ofensa ha sido

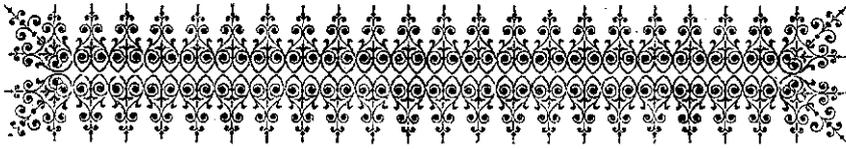
¹ Sapient., c. XI, v. 25.

² *Summ.*, 1.^a, 2.^a, quæst. 87, art. 4.^o

inferida á un Dios infinito, infinita tiene que ser la reparación... ¿Y cómo el hombre, sér limitado y miserable, puede dar á Dios una satisfacción infinita?... Eso es imposible de toda imposibilidad. Era necesario que Dios fuese satisfecho por Dios, y he aquí la amorosa é inefable economía de la Providencia; siendo una la Persona en unidad de esencia, no podía realizarse esta satisfacción; nadie se satisface á sí mismo, como nadie es juez y reo á un mismo tiempo. Era preciso, pues, que además de la persona del Padre, subsistiese en Dios otra persona que pudiera satisfacerle; y como ésta no podía ser otra que Dios de Dios, esto es, Hijo de Dios, para que la satisfacción fuese infinita, deducimos por lógica consecuencia que, en el orden actual de la Providencia, además de ser Padre, Dios tuvo necesidad de ser Hijo.

¡Dios Hijo, é Hijo amantísimo, é Hijo obedientísimo, é Hijo misericordiosísimo que, identificándose con los designios del Padre en orden á la salvación del hombre, no pudiendo padecer ni morir en su naturaleza divina, de suyo impassible, toma la naturaleza humana, apta para el estado de inmolación y de víctima, y la somete á las humillaciones, desprecios, tormentos, gemidos, agonías y toda aquella serie de interiores y de exteriores satisfacciones que hicieron de Cristo Nuestro Señor el gran Mártir de todos los siglos, la Víctima expiatoria de toda la humanidad.

Nada le había costado á Dios Padre la creación del Universo más que un "hágase", que ni aun necesitó ser pronunciado por los labios Soberanos; pero hále costado á Dios Hijo la redención del hombre *caído* toda su sangre preciosísima, lo que no ha costado á los más grandes héroes sus más preciadas victorias. *Loco le tuvo el amor nuestro—dice un Santo Padre,—y locuras de a:nor ha realizado por la redención y salvación de todo el género humano.*



III

LA creación y redención del hombre nos han suministrado razones de congruencia que iluminan nuestra mente en orden á la primera y segunda Persona de la Trinidad divina, haciendo razonable y aun amable nuestro obsequio á la fe. Si fué necesario que Dios fuese Padre por razón de su naturaleza esencialmente viviente, por razón de su bondad infinitamente difusiva; si fué necesario que Dios fuese Hijo por necesidad de su virtud eternamente generativa, por necesidad de reparar el desorden introducido por la culpa del hombre en la creación y satisfacer cumplidamente á la divina Justicia, conveniente y necesario fué que Dios fuese Espíritu Santo. Esta última conclusión no es más que corolario de las precedentes. En efecto: si el Padre y el Hijo necesitan subsistir en una sola y misma naturaleza; si concurren á la vez á las dos más grandes obras de la virtud divina, á la creación y á la redención, ¿no amará el Padre al Hijo y el Hijo al Padre con un amor eterno, infinito, perfectísimo?... Pues he ahí el constitutivo de la tercera Persona de la Trinidad augusta. Procedamos por vía de analogía á formar concepto de la

última Persona divina¹. Hay en las criaturas, además de aquella virtud productora que llega hasta la paternidad personal en el hombre, y además de aquella unión entre la causa y el efecto que llega hasta la intimidad indivisible del entendimiento y su verbo en el espíritu humano, otra propiedad que completa y perfecciona las anteriores, y es la inclinación, la tendencia que todas tienen hacia el bien conveniente á su naturaleza: tendencia que en los cuerpos se llama gravitación, en los animales instinto y en los espíritus voluntad. En virtud de esta propiedad, la materia se inclina á su respectivo centro, la planta á su correspondiente fruto, el animal á los bienes sensibles y el espíritu al bien racional, pero cada uno de diferente manera. La materia se inclina á su centro, pero esta inclinación no se traduce en actos interiores, se refiere únicamente á la colocación de las moléculas en el espacio, es puramente local. La planta tiende á la producción de su fruto, y esta tendencia sí que se revela en actos interiores á la misma planta, como son las funciones de nutrición, circulación, asimilación; mas como carece de sentidos, no es capaz de percibir la dulzura de sus frutos, ni el valor de su savia: carece de deseos y es incapaz de afectos; estéril para sí misma, sólo tiene calor y fecundidad para otro, para el animal. Éste es el que se deleita con su fruto, se abriga con su sombra, se defiende con su follaje, se alegra con su fecundidad y lozanía. El animal se inclina á los objetos sensibles; y como tiene sentidos, los conoce; y como los conoce, los ama. Él ama el nido que le sirve de cuna, la cueva do se refugia, el hijo que le propaga; pero como no puede amar más que las cosas materiales y sensibles, sus amores son tan groseros como la materia.

Otra es la inclinación de nuestro espíritu. Dotado de una inteligencia completamente inmaterial, destello de la mente

1 En el orden nominal.

Divina, se eleva sobre las densas capas de la materia, penetra en la región pura del mundo suprasensible, pasea su penetrante mirada por los dominios de la verdad y el bien, del orden y la belleza, de la virtud y de la justicia, de la santidad y el mérito, de los espíritus creados y del mismo Creador. Y al conocer todas estas cosas; á la vista de tantas, tan puras y tan excelentes creaciones, surge en nuestra voluntad la inclinación, el deseo, el amor hacia ellos, y á veces con tal intensidad, que no hay palabras con que explicar todo el placer, todo el gozo, toda la felicidad que llevan consigo. Preguntadlo á los sabios con respecto al amor á la verdad, á los artistas con respecto al amor á la belleza, á los justos con respecto al amor á la virtud, á los elegidos con respecto al amor á Dios, y os responderán un Arquímedes, loco de entusiasmo corriendo desnudo por las calles de Siracusa por haber encontrado una verdad para la ciencia; un Miguel Ángel, tan enamorado del Moisés salido de su cincel, que, fuera de sí, arroja el martillo á la estatua inanimada ordenándole que hable: una Santa Teresa de Jesús, tan enloquecida por su divino Esposo, tan endiosada, que en una sola frase sintetiza todos sus amores: *Sólo Dios basta.*

Con todo, hermanos míos, el amor de nuestra voluntad está muy lejos de ser la perfección del amor. Él no es más que un simple accidente, y, como todos los accidentes, variable, transitorio y perecedero; ni amamos siempre, ni amamos con constancia una misma cosa, ni amamos constantemente del mismo modo. Nuestro amor aumenta, disminuye y desaparece, aumentando, disminuyendo ó desapareciendo la fruición que le acompaña. Es una mariposilla entretenida en saltar de ilusión en ilusión, de belleza en belleza, de bien en bien, sin fijarse en ninguno, acreditando constantemente el dicho de San Agustín. *Inquietum est cor nostrum: Inquieto está el corazón, hasta que no descanse en Dios.* Es un amor indigente, hambriento, porque nin-

guno de los bienes de esta vida llena su desmedida ambición. Es un amor sumiso, dependiente, que no tiene siempre á su disposición los bienes que anhela; un amor laborioso, que no siempre puede vencer los obstáculos que se le oponen, y, aun conseguido el objeto, no puede estar seguro de la permanencia de su posesión. Luego el tipo del amor perfecto debe carecer de todos estos defectos y estar adornado de las perfecciones contrarias. ¿Y dónde encontraremos ese tipo sino en Dios, donde están los tipos de todas las perfecciones? El tipo del amor perfecto es la tercera Persona de la Trinidad divina.

En efecto: si el origen del amor está en el conocimiento y su razón ó motivo en la semejanza, no puede negarse que al conocerse el Padre en la eternidad engendra al Hijo, y al contemplarse Padre é Hijo, tan infinitamente perfectos, tan esencialmente semejantes, se amaron, y no pudieron menos de amarse con amor perfectísimo, inmenso é infinito. Á la vez que surgió el Verbo en el Entendimiento divino, la Voluntad divina espiró también su fruto, ese amor personal y perfectísimo que se llama Espíritu Santo, comunicándole la misma esencia del Padre y del Hijo, sin separarse ni dividirse del Hijo ni del Padre; y con la misma esencia, la misma eternidad, la misma bondad, la misma omnipotencia, la misma sabiduría, la misma hermosura, siendo tres á subsistir en una sola esencia, tres á conocer en una sola inteligencia, tres á amar en una sola voluntad, tres á vivir en una sola vida, tres á gozar en una sola felicidad.

Dios Espíritu Santo es Dios amándose á sí mismo desde toda la eternidad; es Dios difundiendo en el tiempo su amor sobre las criaturas, especialmente sobre la que lleva en su espíritu el sello de su semejanza; es Dios renovando en nosotros la creación y la redención, levantándonos con sus gracias, purificándonos con sus dones, santificándonos con sus carismas; es Dios inspirando el celo al apóstol, la fortaleza al mártir, fidelidad á las vírgenes, fervor al peni-

tente, piedad al solitario, consuelo al moribundo, corona al elegido.

Señores y hermanos míos: será este Misterio todo lo incomprendible que se quiera; pero es un ideal de perfección tan admirable, tan hermoso, tan sublime, tan excelso, que supera á todo lo que el entendimiento humano hubiera podido idear, á todo lo que la voluntad humana hubiera podido querer, y en su forma y en su conjunto muestra el sello de su origen divino. Por eso, al rendir ante su Augusta grandeza todo mi entendimiento, todo mi corazón, todo mi sér; al meditarle y adorarle, me siento más hombre, me siento más cristiano, me siento más español. Sí, más español, porque el Augusto nombre de la Trinidad Santísima va unido al hecho más glorioso de la Historia de nuestra amada y desgraciada Patria. En ese Augusto nombre se realizó en el tercer Concilio de Toledo la *Unidad católica*, forma, vida, carácter de nuestra nacionalidad, origen de todas nuestras glorias, de todos nuestros triunfos, de todas nuestras grandezas.

Porque antes que la bendita semilla de la fe arraigase en nuestro suelo, nosotros, con todo nuestro valor, con todo nuestro heroísmo, con todo nuestro amor á la independencia, éramos patrimonio y sólo patrimonio de aventureros y bandidos, fenicios y cartagineses, griegos y romanos. Mas desde el momento en que la Santísima Virgen consagra con su visita en el Pilar venerando la fe y el amor á Cristo, sembrado por el Apóstol Santiago, España se aparta de sus dominadores para dejar siempre á salvo la *integridad* de su fe. Podrán los bárbaros subyugarla por la fuerza bruta de las armas; ellos son á la vez vencidos por el suave yugo de nuestra Religión sacrosanta, sellándose, en nombre de la Trinidad divina, la sincera fusión de vencedores y vencidos.

Era de ver y era de admirar aquel gran Recaredo rindiendo el cetro y la corona cual otro Constantino ante

aquella augusta asamblea de Prelados españoles, haciendo profesión de la fe católica él y todo su Reino é impetrando la protección del Cielo con ayunos y oraciones en favor de aquellos pueblos antes enemigos y desde entonces hermanos. Era de ver y de admirar el entusiasmo verdaderamente indescriptible con que el Clero y el pueblo traducían su sincero regocijo en armoniosos cánticos y fervorosas aclamaciones de gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

Desde entonces, el nombre augusto de Dios Uno y Trino ha sido por largo tiempo el emblema sacrosanto que sellaba nuestras empresas y nuestras leyes, desde el *Fuero Juzgo*, base de la antigua civilización española, formada en los Concilios de Toledo á instancias de nuestros Reyes, hasta el *Código de las Partidas* y la legislación de Indias, gloria y prez de nuestros monarcas y de nuestros legisladores.

Desde Covadonga á las Navas y al Salado; desde la conquista de Zaragoza y Sevilla á la toma de Granada; desde Lepanto á nuestra guerra de la Independencia, el nombre de la Trinidad divina iba, como la columna de luz en el desierto, guiando á nuestros Reyes, coronando á nuestros guerreros, santificando nuestras empresas, bendiciendo á nuestra Patria, de las últimas quizá en aquellos tiempos entre los pueblos civilizados por su fuerza y por su posición topográfica, pero la primera sin duda en profesar siempre y en todo la soberanía de Dios en la tierra.

Premio, recompensa y prenda de nuestro espíritu de fe fueron las innumerables gracias y extraordinarias mercedes que Dios quiso otorgar á nuestra querida nación desde la conversión de Recaredo hasta el descubrimiento de las Américas; que en las naciones, como en los individuos, el que *busca ante todo y sobre todo el reino de Dios y su justicia, lo demás le es dado por añadidura*¹.

¹ Matt., V, v. 33.

Causa pena, honda pena, dolor profundo, ver y contemplar cómo nuestra Patria, siempre grande y siempre victoriosa cuando la fe era el móvil principal de todas sus empresas, ha ido decayendo de su antiguo esplendor y poderío á medida que se ha ido debilitando en sus hijos el espíritu de fe. Causa honda pena, verdadera amargura, ver cómo ha desaparecido ya por completo aquel vastísimo imperio colonial que el celo por la gloria de Dios y salvación de las almas había puesto en nuestras manos. Hoy, abandonada y aun aborrecida de hijos ingratos que de ella recibieron la luz del Evangelio; humillada y vencida por el bárbaro sajón americano, tiene que llorar, como los judíos junto á las márgenes de los ríos de Babilonia, sus antiguas glorias, sus pasadas grandezas. Pero sube de punto nuestra pena, nuestra tristeza, nuestra amargura, al ver la indiferencia, por no decir insigne cobardía, con que los católicos en su mayoría inmensa han permitido á un puñado de malos españoles, más fuertes por su audacia que por su número, borrar de nuestras leyes, de nuestras costumbres, de nuestras instituciones aquella santa y bendita intransigencia que no daba al error ni á la herejía otros derechos que la cadena y el grillete, que no permitía á incrédulos y racionalistas envenenar las almas ridiculizando los dogmas de nuestra Religión Sacrosanta. Aquella santa intransigencia, aquel espíritu de fe ha quedado reducido, por desgracia nuestra, á esa especie de sentimentalismo que aquieta las conciencias con las oraciones y preces que hacemos en nuestras iglesias, adonde nos hemos retirado como..... después de no saber defender como hombres la soberanía de Dios en todos los órdenes de la vida, pero que deja levantar, sin enérgica protesta, templos y universidades á los enemigos de Cristo, que, prevaliéndose de la ignorancia de las muchedumbres, las precipitan por los caminos de la perdición eterna.

Y en medio de tanta desdicha, en medio de desgracia

tanta, ¿no hay esperanza para nuestra Patria sin ventura? . . . Sí, hermanos míos; Dios ha hecho sanables á los pueblos y á las naciones; y si hubiese perdonado á Sodoma y á Gomorra de haber encontrado en ella diez justos; si perdonó á Nínive por los elegidos, *propter electos*, ¿no ha de perdonar á España, donde hay una numerosa falange de *ele-gidos* que todavía conservan el espíritu de fe de nuestros antepasados, que oran y trabajan para que Dios Uno y Trino venza, reine, impere en todos los organismos sociales? Aliéntalos, Trinidad augusta, desde ese trono de gloria donde reinas y reinarás eternamente, y no permitas que esta Nación que tanto te amó, que por tantos y tan diversos caminos procuró siempre y en todo tu gloria y tu reinado, perezca en la común ruina de tantos pueblos y naciones ligados quizá para siempre á la cadena del error. Crea en ella un corazón nuevo, diciéndola como el Ángel á Agar cuando se marchaba de la casa de su señor: *Revertere ad Dominum tuum* ¹. Vuelve, vuelve á aquel espíritu de fe que te hizo en otro tiempo la primera de todas las naciones: vuelve, vuelve á aquella hermosa y santa libertad de la verdad que te hizo libre, y renuncia y detesta y abomina para siempre las nefandas libertades de perdición, que de reina te han convertido en esclava. *Revertere ad Dominum tuum*; vuelve, vuelve otra vez con la *Unidad católica* á ser la defensora de la soberanía de Dios en la tierra. Trinidad augusta, Trinidad adorable, Trinidad divina: si para realizarse este ideal, más que de oraciones necesitáis de víctimas .. aquí tenéis mi vida... no la quiero: muera yo y viva mi Patria sin ventura, llevando en sus banderas vuestro nombre sacrosanto.

Enviad vuestro espíritu y vuestras más elegidas gracias sobre la Real Archicofradía que con tanto celo y constancia tanta promueve vuestro culto; sobre el ejemplar Sacer-

1 *Gen.*, XVI, v. 9 °



dote que os consagra esta solemnidad religiosa ¹; sobre el dignísimo Párroco y Clero de esta iglesia; sobre todos y cada uno de los fieles que el espíritu de fe ha congregado bajo las bóvedas de este templo; para que amándoos, sirviéndoos, adorándoos hasta el último aliento de nuestra vida, hasta el postrer suspiro de nuestro corazón, merezcamos algún día, en unión de Ángeles y Serafines, cantar el himno del amor eterno.

Gloria al Padre, Gloria al Hijo, Gloria al Espíritu Santo.

1 D. Juan M. Carús.

